

# LAS CONTRADICCIONES DEL PRAGMATISMO

Por CONSTANTINO LASCARIS C.

HACE ya bastantes años llegué a la consideración de que, filosóficamente, es necesario ser pragmatista. Todo eso que a veces se dice del saber por el saber, de la ciencia pura y de que la felicidad consista en la pura vida teórica no pasa de un hablar bastante vacío. Aparte de que ningún filósofo importante lo ha sostenido nunca (sólo de paso y sólo para el motor inmóvil, Aristóteles), cuando uno está viviendo día tras día no tiene más remedio que aferrarse a la razón por virtud de su eficacia. Pues si la razón no fuera eficaz, ni sería razón ni valdría la pena ser hombre.

Así, como cosa normal, sin adherencias a postural, como actitud indispensable, me consideré pragmatista. Y así intentaba reflexionar sobre la existencia y el mundo. Muy raras veces oía hablar de pragmatismo y menos todavía yo me preocupaba por teorizar ese pragmatismo mío. En cierto modo hoy diría que entonces vivía un pragmatismo implícito, no por no explicitado, sino por ser tan hondo que no precisaba de una teoría especial. Sin él como soporte era inútil ponerse a filosofar.

Pero hace un septenario crucé el Atlántico. Y desde entonces no sé si por cambio mío o por el cambio de un ambiente por otro, me veo ante una situación diferente. Por de pronto, la palabra pragmatismo resuena en mis oídos constantemente. Es igual que se trate de publicaciones o de reuniones filosóficas, como de seminarios de profesores de todas las disciplinas o de justificaciones pedagógicas de planes de estudios, la palabra pragmatismo es incesante.

En el ámbito del Caribe, y desde él hacia el Norte y hacia el Sur- esta palabra es pronunciada con resonancias carismáticas, que antes me eran desconocidas. Honestamente, debo reconocer

desde un principio que ello me desagradó. Como buen anti-dogmático, he tenido que ir revisando ese mi pragmatismo implícito, que nunca había necesitado de una afirmación pública, y he llegado a la conclusión de que solamente quienes no son pragmatistas (o más exactamente quienes no actúan pragmáticamente) hacen profesión de fe pragmática. Y que, en cambio, actúan pragmáticamente quienes nunca mencionan al pragmatismo. Se me podrá argüir que sólo se trata, si se me admite el supuesto, de una posible disociación entre teoría y práctica. Pero pretendo ahora explicitar que se trata de algo más hondo: nada menos que de la contradicción íntima y radical que implica la profesión de fe pragmatista. El pragmatista auténtico tiene vedada la profesión de pragmatismo, exactamente igual que el escéptico inteligente no puede consagrar su escepticismo en doctrina filosófica.

También deseo señalar otra arista de la situación de hecho de la que parto. No es en el gremio profesional de los filósofos donde se evidencia más la cuestión. Es entre psicólogos, sociólogos y sobre todo pedagogos, donde la profesión de fe pragmatista es abundosa y radical. Y ello es significativo.

Por pragmatismo entiendo una concepción del hombre en función de una concepción del conocimiento, dentro del marco de una concepción de la naturaleza. Esta última es evolucionista y tiene su raíz clara en Spencer. El hombre, cada hombre, es una individuación dentro del proceso general de la naturaleza, que muestra la máxima, hasta hoy, intensificación vital. En términos vulgares (lo mismo daría decir: «clásicos»), en la lucha por la existencia, el hombre, los hombres, han desarrollado formas de conocer que les han permitido triunfar en la lucha por la existencia sobre las restantes especies de seres, orgánicos e inorgánicos. Y esas formas de conocer son pensantes.

No necesito decir que personalmente no admito clase alguna de conocimiento que no sea pensante, ni instintos, ni sensibilidad, ni intuiciones. Un concepto estrecho de pensamiento, ha llevado frecuentemente a poner nombres huecos para tapar vacíos de conocimiento; y frente a esta técnica, yo prefiero la de considerar pensante el conocer en cuanto conocer, ya que todo conocer consiste en un so-pesar, es decir, en un pensar. La raíz del desarrollo de las formas de pensar se halla en el descontento ante el mundo y en la tensión por enderezarlo; si se prefiere, en la tensión por hacerse el mundo a la medida, en lugar de considerar que el mundo esté hecho y tener que hacerse uno a su medida.

El pensamiento discursivo es la variante del pensar fundamental mediante la reflexión sobre el pensar en qué consiste la experiencia. De ahí, que todo pensar es empírico y, en cuanto tal, es función vital. Un hombre, incluso en el acto de suicidarse, está viviendo, y no digamos cuando está pensando, pues la forma más vital de vivir, acaso la única, que tiene el hombre es pensando. Por este motivo, el racio-vitalismo de Ortega me parece deficiente, por reduplicativo.

Dewey consideraba que el pensamiento es un instrumento de los fines de la vida. Básicamente, acertó en su planteamiento, pero debo hacerle algunas salvedades. Por de pronto, en el hombre, no es *un* instrumento, sino que es el hombre mismo instrumentalizándose a sí mismo. No tiene sentido el distinguir piernas por un lado y pensamiento por otro. El hombre piensa *con* y *desde* sus piernas, si no las ha perdido, y su utilizar esas sus piernas es pensante. El hombre entero, de una pieza (en dos piezas, deja de ser hombre) es instrumento de sí mismo. Además, el pensamiento no es instrumento de los fines de la vida, sino de los del hombre mismo. La vida, esa tensión evolutiva que ha abocado al hombre, tiene sus propios fines, pero el hombre no los ha sumido plenamente, y es más, así como se ha dedicado a modificar mejorando la naturaleza, también se ha dedicado a sustituir los fines de la vida por otros. Me bastará citar como ejemplos el matrimonio (simple racionalización de la procreación) y la limitación de nacimientos. Con todo esto, supongo que me resultará una concepción ligeramente alejada del deweyismo: el pensamiento es la actuación del hombre para realizar los fines que el mismo hombre establece.

Sin embargo, estimo que esta concepción es radicalmente pragmatista. Tan pragmatista como cualquier otra. El conocimiento es como es y proporciona lo que proporciona, porque quien conoce quiere sobrevivir, y la mejor manera de lograrlo, hasta hoy, es conociendo. No se trata solamente de que, conociendo, se pueda actuar sobre el mundo; en el acto mismo de conocer, ya se constituye al mundo y al actuar sobre este mundo constituido por y en el conocer, se lo reconstituye nuevamente. Por eso el mundo es siempre pensamiento-conocido en y desde el hombre, es decir, el mundo es siempre experiencia pensante.

Siempre que he leído algo de William James me ha dado la impresión de que, filosóficamente, es un niño precoz. Darse cuenta de que hay que ser eficaz es algo importante, pero, como sucede con todas las cosas importantes, en la historia de la huma-

nidad es de las cosas más viejas. Todo la tensión que ha llevado a la cultura occidental hasta las formas de vida de nuestro tiempo se basa precisamente en la obtención de la eficacia. El defecto de James fue el descubrir lo ya descubierto y querer partir de ello originariamente. En consecuencia, lo hecho por «otros» queda catalogado como ineficaz. En otras palabras, en lugar de ser simplemente eficaz, se dedicó a hacer la teoría de la eficacia. Ahora bien, así como un diplomático que pierda el tiempo en hacer la teoría de la diplomacia es un mal diplomático, así un hombre eficaz que se dedica a hacer la teoría de la eficacia resulta en la práctica poco eficaz. Por otra parte, la afirmación de que la verdad es lo que es conveniente, o lo que es útil, o lo eficaz, etc., en tiempos de James ya era algo bastante vulgarizado, lo bastante como para poner de relieve que ya no se tenía noción alguna de qué sea verdad (pues si la verdad es no más que eso, entonces no es ni eso, pues no es nada). Por ello, fueron mucho más prudentes los científicos, que simplemente dejaron de emplear la palabra en cuestión.

Decir que el racionalismo moderno había roto con la vida es meramente carecer de sentido histórico. Hoy se puede denotar al racionalismo moderno porque lo hacemos *desde él*, lo mismo que hoy se puede superar al positivismo *desde* y no contra él. Porque contra lo que ha sido nuestra entraña no se puede hacer más que superarlo, pero no el darlo por no dado. Para probar esto, me bastará citar al pragmatista más importante, a Nietzsche, simultáneamente positivista y pragmatista, racionalista y biólogo, el auténtico amoralista moral. Bergson y los vitalismos fueron brotes tardíos del romanticismo. En cuanto brotes de éste, fueron auscultaciones (no lo olvidemos, racionales) de la vida, pues el romanticismo (el alemán, que fue el único romanticismo serio) fue racionalista. En cuanto tardíos, pecaron de la disarmonía de no reconocerse como racionales. Cambiar una palabra por otra, como hizo Bergson, no basta para crear el contenido de la palabra inventada.

En el fondo, presumo que lo que se dio en el tránsito de siglo, en el pasar de James a Dewey, fue un entregarse a móviles extrafilosóficos. Fue el paso del pensador al educador. Debo explicarme.

Todo pensador auténtico, por el solo hecho de serlo, es educador, pues influye en la configuración mental de otros. Pero esto es consecuencia y no móvil de su especular. El pensador es el órgano por el que la humanidad se instrumentaliza a sí misma

para fijarse sus objetivos. El educador de mentalidad es, por el contrario, quien se asigne la tarea de configurar las mentes de otros y luego medita sobre cómo configurarlas. Esta distinción no tiene nada que ver con la condición profesional de la persona; puede darse el pensador-profesor y puede darse el educador que nunca dé una clase. Me refiero a dos mentalidades distintas (ahora dejo, claro es, de lado al educador-gremial, es decir, a quien toma el oficio como beneficio simple): la de quien habla porque antes tiene algo que decir; y la de quien busca qué decir porque quiere decir. No vacilo en afirmar que este segundo tipo humano es una variante del hombre «apologético».

Hoy día, en el Caribe, el pragmatismo radical y profesado sólo tiene, como decía, importancia fuera de la filosofía. En Estados Unidos, me bastará señalar a Santayana o la influencia de Whitehead, las corrientes logicistas o la Psiquiatría existencial. Es, —como señalaba—, entre sociólogos, psicólogos y educadores, donde el pragmatismo es artículo de fe. Bastante entremezclado con el cálculo de probabilidades en cuanto a la teoría que fundamente esas disciplinas, el pragmatismo es afirmado como el puntal de la ciencia y de la acción. En cuanto a los países de lengua española, en el campo filosófico desconozco que haya pragmatistas.

Todo esto debe obedecer a algo, se me ocurrió pensar. Y llegué a la conclusión de que se debe a la estructura misma del pragmatismo. Por dos motivos: 1.º, el pragmatismo es poco «comprometido»; 2.º, es tan poco complicado que es fácil de comprender.

Afirmo que es poco comprendido porque, precisamente por ser juvenilmente optimista, puede dar una fe poco atada. Es la creencia dogmática en la ausencia de dogmas, y, sobre todo, en la conveniencia de que no haya dogmas. Sin que sea caricatura, el pragmatismo es la negación de los sistemas filosóficos erigida en sistema filosófico. Un auténtico pragmatista, al buscar solamente la eficacia, y no una verdad extra-eficaz, no vacilaría en ser racionalista cuando el serlo fuera eficaz, o idealista, o, ¿por qué no?, anti-pragmatista, si ello en dada ocasión fuera eficaz. Es más, quien busca la eficacia, la busca sin ponerse anteojeras, porque la tragedia reside en que la eficacia no es definible. Cuando se la intenta definir, deja de ser la eficacia-eficaz, para quedarse en mera ilusión.

El pragmatismo es poco comprometido porque en la práctica consiste en llamar eficaz a lo que a uno le gusta. Y en lugar de

decir valientemente que uno lo procura porque así le gusta, entonces se utiliza una formulación teórica. No deja de ser un reconocimiento del prestigio ganado por la filosofía, pero me parece poco auténtico.

El pragmatismo es poco comprometido porque, haciendo la teoría de lo eficaz, todavía no ha establecido un criterio válido para determinar en cada caso qué sea lo eficaz. Y lo grave es que, por su misma estructura, no puede establecerlo, pues se contradiría a sí mismo. Lo eficaz es aquello que, dadas una «situación» y una «empresa», permite realizar de la mejor manera esta empresa. Ahora bien, la teoría de lo eficaz no es quien, por sí misma, para establecer cual deba ser la empresa, dada la situación. En el caso concreto de Dewey, en su pedagogía, la empresa no fue fijada filosóficamente, sino políticamente. Tomó un ideal humano elucubrado, no por la sociedad de su tiempo, sino que venía ya madurando desde los tiempos del viejo Descartes, y luego se dedicó a predicar métodos eficaces para realizarlo. Ahora bien, el ideal humano de la filantropía es fruto del racionalismo y de la Ilustración (inglesa, francesa y alemana) y para mí es muy duro de aceptar que ese ideal haya sido justificado «pragmáticamente». Yo personalmente lo acepto «racionalmente», pero querer justificarlo desde un muy relativo concepto de la experiencia empírica, es ilusión.

Pero dejemos, por un momento, de lado la cuestión de los ideales. Pasemos a la de los métodos en función de los ideales. Pocos sistemas han tenido un fracaso mayor en su aplicación que el del pragmatismo deweyano. En otros casos se dice que no se puede juzgar porque la experiencia fue incompleta o deformada. Eso, en este caso, no sirve. La experiencia deweyana, durante medio siglo, ha sido aplastante en el área caribeña. Y el resultado es conocido de cualquiera que ojee las revistas de educación del área. Una crisis de vaciamiento de contenidos y la formulación dogmática de métodos nunca contrastados desde el punto de vista de la eficacia, para sin embargo alabarlos enfáticamente.

Decía que el pragmatismo, en segundo lugar, es fácil de comprender. Y ciertamente que esto es un pecado.

La preocupación por hacerse fácil de comprender es consecuencia, no de un temperamento filosófico ni científico, sino de uno apologético. El pensador especula la teoría como sea, sin preocuparse de rebajarla, pues, si posee alguna validez, ésta no saldrá ganando porque se la someta a un proceso de abarata-

miento. El ejemplo de Platón no sirve en contra, pues Platón es uno de los pensadores más difíciles de la historia del pensamiento. En mi tierra se dice que lo que poco cuesta poco vale; y en filosofía lo que se entiende y digiere a primera vista, poco vale. Eso sí, por desgracia pasa a ser utilizado, con frecuencia, para fines extrafilosóficos.

Todo lo dicho me hace volver a aquella constatación de que en América, predominantemente en sus dos tercios, haya el culto a la eficacia y al pragmatismo, cosa que no se da en cambio en Europa. Los ingleses han sido pragmáticos siempre, incluso antes de saberlo, pero el pragmatismo inglés ofrece una característica que lo diferencia del americano y que consiste en la indiferencia hacia la opinión ajena cuando se logran los propios objetivos, mientras que el americano está constantemente preocupado por su «prestigio», lo cual ciertamente es poco pragmático. La filosofía del continente europeo, desde el positivismo, ha sido declaradamente pragmatista en sus principales corrientes, aunque sin molestarse en general en hacer hincapié en ello.

Y a donde quiero llegar es a esto: que el continente que hizo la profesión de fe pragmatista es el menos pragmático de hecho. Veamos algunos ejemplos que, si no probaren (pues estas caracterizaciones nunca se pueden probar, ya que se trata de simples «hechos»), al menos favorezcan la tesis.

Veamos, por ejemplo, la eficacia en el campo de la ingeniería y la industria. La industria americana se caracteriza por elaborar productos de vida limitada. Para mantener el ritmo del mercado, los productos han de ser sustituidos a fecha fija. Así, los repuestos de un modelo de automóvil determinado dejan de producirse a los siete u ocho años, pues la fábrica considera que el producto ya se «murió», y para ello fue fabricado. Es probable que haya razones mercantiles que justifiquen esta forma de industria, pero lo que yo opino es que no es «eficaz» en cuanto industria. Lo podrá ser en cuanto mercado, pero no en cuanto industria.

Antes de ocupar la Presidencia de los Estados Unidos, el entonces Vicepresidente Lyndon Jhonson, en «Mi profesión de fe política», escribía: «Juzgo que el derroche es el enemigo constante de nuestra sociedad, y evitar que se desperdicien recursos, vidas u oportunidades, ha de ser la obligación más urgente de nuestro gobierno».

Hay un tercer aspecto en que la falta de eficacia es más clara

todavía. Y es el campo en que triunfó el pragmatismo deweyano. Claro es que me refiero a la enseñanza.

La enseñanza americana se caracteriza por dejar que el niño y el adolescente pasen el tiempo sin estudiar. Entre los siete y los dieciocho años, el adolescente pasa por un mundo feliz; en lugar de maestros que le exijan estudiar, tiene «compañeros» que juegan con él; en lugar de sufrir exámenes, le hacen preguntas de sí o no; en lugar de aprender, juega. Porque se ha dado la minúscula confusión de identificar el jugar con el aprender jugando. De esta manera, cuando el adolescente llega a la Universidad, simplemente no sabe nada. ¿Qué mayor ausencia del sentido de la eficacia puede darse que el hacer perder deliberadamente los años en que el futuro hombre tiene mayor receptividad?

Por consiguiente, la profesión de fe pragmatista suelen hacerla precisamente quienes se desinteresan por la eficacia a la hora de la práctica. En mi opinión, se entremezclan dos planos: 1.º, la condición misma del pragmatismo como sistema (pues ha llegado a serlo), que, al tener vedado el delimitar racionalmente los ideales, hace caminar a ciegas; 2.º, el que habría muchos que de todas maneras caminarían a ciegas, como en todas partes, pero encuentran muy agradable el encubrir ese caminar a ciegas con la bandera del pragmatismo.

En la famosa polémica que mantuvo Menéndez Pelayo en torno a la ciencia española, como una derivación salió al campo de Agramante el tema del idealismo ibérico frente al pragmatismo americano. Y Menéndez Pelayo, que ya había perdido la paciencia, rearguyó señalando que la ciencia española había sido predominantemente pragmática: España había tenido ilustres geógrafos, pero no matemáticos; moralistas, pero no metafísicos; alquimistas, pero no físicos. Es decir, que la ciencia española había buscado directamente la aplicación práctica, en lugar de tratar de ser una construcción teórica del mundo. E insistía que en cambio los pragmatistas americanos eran básicamente idealistas (en los dos sentidos de la palabra).

Lo que afirmó Menéndez Pelayo me parece una constatación tan obvia, que me parece extraño que haga falta hacerla. Y sin embargo se la negaron por ambas partes.

El continente de la ausencia de la eficacia presta culto a la eficacia. Este hecho sólo puede tener, en el fondo, una explicación, y es la conciencia honda de la situación. Precisamente el tener conciencia (no racional, sino colectiva) de la falta del sentido de la eficacia es lo que obliga al pensamiento a centrar todos

los intereses vitales en la eficacia. Pero este proceso no se da por simple iluminación pensante de una aspiración. Precisamente por haber conciencia de la ausencia y no reconocer la ausencia, en el plano del pensamiento no aflora la tensión de la eficacia, sino solamente el hablar de la eficacia. Y así nació la idolatría de la eficacia.

Toda fe necesita de un culto. Y todo culto se apoya en la incorporación litúrgica de los niños, pues el culto es el medio de acción de los apologetas. Y todo culto admite conversos y expulsa herejes.

El pragmatismo, ya extrafilosófico, tiene su culto, versión empobrecida del santoral comtiano. Y tiene su liturgia bajo el nombre de metodología. E incorpora a esta liturgia a los niños. Es decir, que no solamente se ha puesto al servicio de la educación y de la enseñanza, sino que ha terminado por subordinar la enseñanza a su propia dogmática. Una metodología sin objetivos, o lo que es peor, con pseudo-ideales determinados por encuestas y muesteos de opinión, tenía que caer rápidamente. Para evitarlo y limitarse a un tambaleo continuo, vino la dogmatización. Y esto me interesa recalcarlo.

Mientras que de hecho las «viejas» concepciones eran abiertas a la crítica y a la evolución (básteme, como prueba, recordar que hasta el s. XIX prácticamente no había legislación docente y que las instituciones, desde la Academia, estuvieron en evolución constante), el pragmatismo no admite crítica. En apariencia es al revés. Los doctrinarios pragmatistas repiten incesantemente que luchan contra la educación dogmática, pero eso es simple recurso dialéctico, pues nunca dicen en concreto a cual se refieren. Y cuando una vez uno se refería a la supresión de los castigos físicos, lo que hacía era vestirse con plumas ajenas, pues esa superación no la ha ganado el pragmatismo, pues ya estaba ganada antes.

¿Cómo debería ser, en esta situación un pragmatista pragmático?

Considero que este problema depende de otro, el de la «herencia» de las formas racionales de pensar.

Se suele decir que América es heredera y continuadora de la obra de creación de Europa. Y biológicamente es un hecho. Pero, ¿es cierto en el plano del pensamiento?

La simple pregunta parecerá insultante a muchos, a otros les parecerá acaso meramente insolente. A quienes poseen la fe en

el pragmatismo, no les parecerá nada, pues supongo, y deseo, que ya me habrán condenado dogmáticamente en bloque.

Y sin embargo la planteo abiertamente, pues la considero como la única vía de auténtico adentramiento en el problema.

Para que un pueblo o un continente continúe las creaciones de otro no basta con el simple alinearse colectivamente en la utilización de lo creado. Hace falta, además, que cada uno de los integrantes de ese pueblo «viva» esas creaciones en su mismo trance para poder continuarlas y por ende superarlas. Pero esto no se realiza simplemente con el conocimiento del último estadio, sino que exige el pasar individualmente por todos los estadios. El individualismo que pase a anticipar el pensamiento colectivo ha de haber pasado individualmente por las etapas a superar. Desde Goethe, esto que digo es una vulgaridad. Filosóficamente, y a nuestro cuento, lo entiendo como que quien quiere superar el racionalismo no tiene más remedio que ser racionalista, porque solo racionalmente se puede superar el racionalismo clásico. Claro es que no afirmo que haga falta el profesar dogmáticamente las distintas filosofías por las que la cultura occidental ha creado nuestras formas de vida; lo que afirmo es que desecharlas es volver atrás, a su prehistoria, y no superarlas.

Para dar un ejemplo bien claro y objetivo; hoy día las industrias prefieren contratar matemáticos antes que ingenieros. El motivo es bien sencillo. El hombre que conoce la forma de pensar de la ciencia es capaz de ser eficaz en la práctica, mientras que el hombre que solo conoce la forma «práctica» de la ciencia es en realidad un empírico y no resulta eficaz. Toda la ciencia física de nuestro siglo se ha hecho apriorística y ha renunciado radicalmente a partir de la experiencia. Esto no impide que, a causa del pragmatismo dogmático, se repita tan frecuentemente en ciertos medios que es «la experiencia» la que da el saber eficaz, entendiendo por tal experiencia la mera reiteración rutinaria, medida, no en resultado, sino en tiempo. Si se tratase de la «experiencia» en cuanto penetración pensante en la construcción del mundo empírico entonces el tiempo no tendría nada que ver.

En el desarrollo del pensamiento moderno, no se ha dado una ruptura con el racionalismo, sino una superación del racionalismo objetivista. Ha sido la superación del «platonismo» (de la gnoseología objetivista) la que ha permitido a la filosofía de nuestro siglo el centrar la verdad en el conocimiento y no el conocimiento en la verdad. Pero esto no ha significado en absoluto ninguna presunta ineficacia de la razón. La única manera

de que una actitud pragmática sea eficaz reside, por ello, en que esa actitud lleve a la construcción racional del mundo. La razón como instrumento no tiene sentido. El mundo construido racionalmente tiene sentido para el hombre porque, entonces sí, el hombre se lo ha dado. Pero el hombre no puede esquivar la responsabilidad de asumir la tarea de fijar a priori el sentido del mundo; y a priori quiere decir, tanto racionalmente, como independientemente de la experiencia.

No es la experiencia la que engendra el pensar no basta para sustituir al pensar fundamental del pensamiento discursivo. Hace falta que éste se revierta sobre la experiencia para darle sentido humano (es decir, racional) y que no permanezca en el nivel de pensar meramente animal. En otras palabras, la experiencia precisa ineludiblemente de los ideales, de los a priori, de la razón, para pasar a ser experiencia humana de un mundo humano.

El auténtico pragmatista es quien tiene confianza en la razón, pues la humanidad no posee otro medio de triunfar sobre las especies vivientes. Es más, ha sido una creación de la razón, la filantropía, lo que ha permitido a la cultura occidental el lograr el maravilloso medio de poder, que es la solidaridad humana, el más eficaz de los instrumentos colectivos de desarrollo.

Hace poco leía en una revista, una de esas revistas cuyo título termina en «métrica», un extenso «estudio» sobre las fluctuaciones del mercado, creo, del tomate durante cierto período de tiempo. Mediante un maravilloso despliegue tecnológico de cuadros, gráficas y estadísticas, pude ir enterándome de todas las tales fluctuaciones del tal mercado. Había iniciado la lectura por simple curiosidad; lentamente, a lo largo del despliegue de energía que realizada para no perderme en el cúmulo de elementos tecnificados, se fue apoderando de mí otro género de curiosidad: ¿y cuánto costaban los tales tomates? Terminé las cuarenta páginas sin enterarme de cuál había sido el precio real; sólo supe que había sido tomado como base 100, el de la fecha inicial.

Quedé desolado, poseído por la inquietud. Tanto saber, ganado con verdadero sudor, no me dio lo único que me había interesado llegar a saber. Es probable que yo un lector patológico, al cual ciertamente no se dirigía aquel estudio. Pero me quedé preguntándome dónde residía la «eficacia» de aquel estudio. Para influir en el futuro del mercado del tomate, ciertamente no, pues no creo que los que intervengan en tal asunto tengan tanta paciencia como yo. Como ejemplo de puro conocimiento teórico, tampoco, pues la «theoría» es contemplación de ideas y no

de imágenes. Solo supe clasificarlo como un ejemplo bello de tecnicismo metodológico. Y hoy me sirve de ejemplo de un pragmatismo dogmático, es decir, de un pragmatismo reducido a metodología.

Pero hay que tener cuidado con las palabras.

Cuando se dice que una ciencia es su método (afirmación que se pone de moda a temporadas, y con la que comulgo), se entiende usualmente que una disciplina científica no consiste meramente en las hipótesis y teorías formuladas, sino en la manera de pensar que permite formular hipótesis y teorías sobre un conjunto de datos. Pero cuando el pragmatismo ha llevado a la metodología pura, entonces ya no se trata de reducir una ciencia a su método, sino de quedarse meramente en la tecnicidad «aparente» del método. Y digo «aparente» porque el método, un método, en la realidad viviente de la investigación no es nunca a posteriori, sino a priori; luego vendrá la experiencia, suficientemente elaborada, para comprobar, hasta donde se pueda, la hipótesis primera. Pero de la experiencia no se parte, porque no existe tal experiencia pura, a no ser en un plano idealizado, y entonces se trata ya de la experiencia ideal, y no real. Por ello, la única manera de que una investigación progrese es que la razón asigne unos objetivos, los cuales luego serán valorados o desechados. Sin anticipación de la razón, no hay método, ni ciencia, ni arte, ni técnica, ni... experiencia.

El viejo problema de los ideales (las ideas-fuerza de Fouillée) sigue replanteado, porque sin ellos no hay posibilidad de acción eficaz. Primero hay que querer un algo muy concreto (aunque con frecuencia, sea o deba ser abstracto) y luego desarrollar el método pertinente. De ahí que simplemente el hablar de una metodología sin base ontológica sea ya por sí misma abdicación de toda posibilidad de eficacia, pues consiste en vagabundeo.

El prototipo del auténtico pragmatista fue Kant. ¿Qué cosa cabe más práctica que la razón pura, la cual explica todo en el conocimiento, pero la cual, nada menos, además de explicarlo todo diciendo que no se explica nada, pasa, cuando conviene, a desenvolver su uso práctico, y con él a justificar que es explicable todo lo que no era explicable? Lo que sucede a Kant, y por eso no se le suele llamar pragmatista, es que lo que hace, lo hace con todo rigor, racionalmente. Pero no hay doctrina que con mayor eficacia admita y encasille todas las contradicciones como la kantiana. Otro pragmatista, de menor cuantía, fue Comte. Felizmente, con él terminó el complejo de inferioridad hacia la cien-

cia, pues, pretendiendo lo contrario, puso de relieve que la ciencia sólo sirve para prever el porvenir... en el mundo de los fenómenos y cuando éstos se dejan prever, lo cual sucede frecuentemente en el mundo de la física, pero muy de tarde en tarde en el mundo de los hombres.

Por triste y dura paradoja, Dewey, que era un hombre vocado al amor a los hombres, un auténtico apologeta, enfocó el pragmatismo del tal manera que ha llevado a la utilización de las técnicas precisamente en el sentido más deshumanizador del hombre. En el sentido de las técnicas masificadoras. La supresión racional de la justificación de los ideales, para caer en la adopción de los de la época o de la política dominante, ha llevado a dejar jugar a los niños en las escuelas, pero también ha llevado a que se les trate siempre como niños y nunca como hombres. En una palabra, estimula la masificación, la renuncia al uso personal e intransferible de la razón individual, a la responsabilidad de ser individuo pensante y no solamente actuador según la experiencia colectiva.